



Geografías desde el Sur

ISSN: 1853-6026

Nro 10 -oct. 2023

CENTRO DE INVESTIGACIONES GEOGRAFICAS

Director Adriani, Luis
Subdirectora Pintos, Patricia
Secretario Arturi, Diego

Consejo Directivo
Adriani, Héctor Luis
Zappettini, María Cecilia
Pérez Ballari, Andrea
Carut, Claudia
Feliz, Mariano

Comité Editorial

Arturi, Diego, Botana María Inés, Carut Claudia, Del Río, Juan Pablo,
Féliz, Mariano, Langard, Federico, Merino, Gabriel, Murgier, Néstor,
Narodowski, Patricio, Nieto, Daniela, Relli Ugartamendía, Mariana,
Silva, Miguel Ángel y Zappettini, Maria Cecilia

Equipo Editorial

Directora

Pohl Schnake, Verónica

Secretario

Báez, Santiago

Coordinación Editorial

Margueliche, Juan Cruz

“Conflictos geopolíticos actuales. Un mundo en transición”

Una transición ¿geopolítica?

Resumen

Nos enfrentamos a una nueva transición geopolítica. Sabemos de sus orígenes en la posguerra fría. Podemos analizar algunas de sus características a partir de estudiosos como Wallerstein, Taylor o Arrighi. Pero ¿podemos interpretar correctamente sus alcances, características, destino? Y en especial, ¿sabemos si se trata sólo de una transición geopolítica o un verdadero cambio de época con profundos alcances culturales? Y, por último, ¿se encuentra el “occidente” europeo en condiciones de afrontar tal desafío?

Palabras clave: Orden geopolítico – transición cultural – potencia hegemónica – economías emergentes – ciclos de acumulación

Héctor Dupuy

Departamento de Geografía. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata

Desde el fin de la guerra fría (1989-1991), los especialistas en geografía política y geopolítica venimos intentando establecer parámetros a fin de aproximarnos a una definición del tipo de etapa que se viene presentando en la política mundial. Definiciones como “orden geopolítico unipolar”, “hegemonía unipolar condicionada”, “multipolaridad imperfecta” han venido configurando un campo de ideas.

Es indudable que todas estas etiquetas están demostrando la comprensión que, al salir de un orden geopolítico tan definido como lo fue la etapa anterior, se ingresaba lógicamente a una transición hacia un nuevo orden.

Estudiosos como Modelski, Wallerstein o Taylor han trabajado sobre esta idea de un momento en que la historia acontecimental se toma su tiempo para definir la instalación de una o unas nueva/s potencia/s hegemónica/s que marquen el rumbo de la nueva etapa. Es un momento crítico de ajuste, de aparición de nuevos códigos, de reunión de voluntades diversas en una sola dirección y de definición del nuevo o renovado líder mundial.

Estas transiciones pueden ser más o menos prolongadas. Cuando la definición es rápida, nos da la impresión que el rumbo se marca en forma clara, el o los nuevos polos se distinguen con claridad y los códigos se van definiendo y legitimando con mayor precisión. Algo así ocurrió con el paso de la segunda guerra mundial a la guerra fría. En unos dos años las potencias se posicionaron y los antiguos aliados se convirtieron en antagonistas.

Otra transición rápida se produjo al fin de las guerras napoleónicas, con su congreso de Viena (1815), legitimador del gran equilibrio continental y la expansión oceánica y colonial británica (Modelski.1987).

Por el contrario, la salida del orden geopolítico británico decimonónico resultó verdaderamente compleja y traumática al finalizar la gran guerra europea (1914-1918). Esto fue así debido a la negativa de la nueva potencia, Estados Unidos, de asumir su papel hegemónico (Taylor y Flint.2002). En ese caso, la transición se habría prolongado hasta el fin de la nueva conflagración mundial o, tal vez en forma más ajustada, hasta el inicio de un nuevo “orden” confrontativo a partir del cambio de rumbo y recuperación alemana (1933).

En todos esos casos, Taylor (2002) hace hincapié en el papel que juega un factor fundamental para la institucionalización de una potencia hegemónica y la configuración del nuevo orden: la confección por parte de la citada gran potencia de una agenda política mundial que contenga aquellas premisas y códigos que, siendo aprobadas por las otras potencias en juego, y aceptadas de buen o mal grado por el resto de los Estados con algún tipo de soberanía, constituyan el principio rector y base fundamental y única de los debates y acuerdos a alcanzar, así como la legitimación de las diversas estrategias planteadas por aquella a lo largo de la etapa.

Por su parte, Modelski (1987) ha puesto de manifiesto la importancia de los ya citados “guerras mundiales” y “tratados legitimadores” a fin de generar las justificaciones con que cuente la potencia hegemónica para imponer su agenda.

Con esta introducción nos proponemos analizar la última de estas grandes transiciones, en la cual tal vez todavía nos encontremos inmersos. Y entonces nos preguntaremos ¿cuál es la transición? ¿cuándo

empezó? ¿se trate éste de un orden fallido? ¿hacia dónde nos conduce? Y, por último ¿es solamente geopolítica esta transición?

¿Un nuevo orden?

Con el fin de la guerra fría, el nuevo orden parecía cantado. Si existía una hegemonía bipolar, un mundo dividido en dos bloques sin margen para los neutrales, la caída de uno de los antagonistas entronizaba automáticamente al otro.

Sin embargo, la situación no era tan sencilla. Si bien la hegemonía estadounidense no fue contestada desde ningún ángulo de la geopolítica mundial, el nuevo hegemón –Estados Unidos- no las tenía todas consigo. Venía arrastrando una situación económica no tan envidiable. La nueva estructura financiera ponía en jaque a todos los modelos de Estado y los organismos multilaterales de crédito y comercio –FMI, BM, OMC- se instalaron como un verdadero superministerio de economía mundial, por encima de todos los gobiernos, incluso del propio hegemón, y sólo por debajo y respondiendo a los intereses de las grandes corporaciones transnacionales, embarcadas en un proceso de extraordinaria concentración financiera global.

Por otra parte, a lo largo del orden geopolítico que finalizaba, la gran potencia norteamericana había dado muestras de importantes fisuras en su poder político, tanto diplomático como militar, permitiendo el desarrollo de un crecimiento de las fuerzas del tercer mundo, frente a una de las cuales sufrió su derrota más humillante y debiendo acudir, para acallar a las otras, a los aliados locales más crueles e inhumanos con el tremendo desprestigio que estos hechos conllevaron.

Es por eso que, para poder reinstalarse como potencia hegemónica indiscutida y plantear una nueva agenda mundial fue necesario el establecimiento de algunas condiciones previas: con ayuda de los tecnócratas del superministerio mundial se elaboró un plan de acción para ser aplicado a las economías de todos los Estados del planeta, luego de mostrar su resultado “exitoso” en la del propio Estados Unidos y su principal aliado, el Reino Unido. Este plan se materializó en un acuerdo cerrado de tecnócratas y estadistas que se denominó Consenso de Washington -1989- el cual, sin tener un carácter institucional tan definido, pretendió actuar como “tratado legitimador” y así se lo instaló como primer punto de la agenda mundial.

Una segunda cuestión estuvo a cargo de determinados acontecimientos icónicos y de expresiones formuladas por pretendidos intelectuales condescendientes con el plan. Brieger (2001) marca cuatro aspectos en este sentido: la “caída del muro”, hecho derivado de complejas acciones oficiales o privadas, particulares o colectivas pero que, junto con la verdaderamente significativa desaparición de la URSS, fue transformado en el ícono del supuesto fracaso final y desaparición definitiva de las diversas formas, materiales o simbólicas, derivadas del materialismo dialéctico, teoría y praxis que dejaba de existir, así nomás, como si fuera por decreto; la mal llamada “guerra del golfo”, es decir la Operación Tormenta del Desierto sobre la República Democrática Popular de Irak (1990-1991) llevada a cabo por una multialianza que permitió al entonces presidente George Herbert Bush anunciar -¿decretar?- el nacimiento de “un nuevo orden internacional”; la aparición del artículo de Francis Fukuyama “El fin de la Historia”, como postulado indiscutible para el establecimiento de un discurso único, válido como filosofía y teoría sociológica, política, económica y cultural, de neto corte pesimista y erradicador de todo tipo de principio contestatario, vanguardista, reformista, revolucionario o, al menos, de resistencia a lo así decretado; por

último y como prolegómeno de nuevos planteos de corte estigmatizador, los textos del politólogo Samuel Huntington referido a un futuro de colisión de fuerzas culturales, supuestamente enfrentadas o antagónicas, a las que denominaba “civilizaciones”.

Por último, o, quizás, sólo como un principio, la nueva o reiterada potencia hegemónica debía demostrarle a un sistema de poder económico-político que seguía siendo necesaria para sostener estructuras que aparentaban solidez, pero trasuntaban grandes fisuras. Se imponía una muestra de fuerza para controlar un orden que podía desmoronarse a partir de cualquier sacudón financiero. El resultado fue la paulatina construcción de un poder político mundial gendarme que acudiera a apagar los múltiples incendios que, con extrema facilidad, se producían en diversas regiones al calor de estructuras políticas endeblas y económicas vulnerables. Estados Unidos y sus mecanismos de alianzas –una OTAN remozada, acuerdos paralelos con las principales potencias europeas, alianzas locales más circunstanciales, fueron las bases para esa acción policial global, a partir de mecanismos y tecnologías bélicas muy aceptadas pero con un poder ideológico bastante deteriorado. Así se sucedieron las intervenciones militares durante toda la década de 1990 –Irak, Bosnia, Kosovo, Somalia, Sudán, Afganistán...-, no todas exitosas; así se construyó la imagen de un orden geopolítico encabezado por una potencia belicista y violenta; y así también se fue configurando el perfil del nuevo gran enemigo, el terrorismo islámico internacional, apoyado en aquellas teorías de Huntington, que pretendía legitimar tal accionar.

Como conclusión, este “nuevo orden” se apoyaba en una estructura financiera transnacional muy concentrada pero propensa a los sobresaltos y crisis localizadas –“efectos”, “burbujas”–, una “globalización supraestatal” con estructuras institucionales debilitadas y anómicas, y una potencia hegemónica de mucho poder militar pero escasa legitimidad ideológica. Refiriéndose a estas cuestiones y, para el caso particular de la intervención de la OTAN en el conflicto con la República Federal de Yugoslavia por la provincia separatista de Kosovo -1999-, el politólogo Ignacio Ramonet creyó ver el final de una transición que llevaría a un orden que estableciera seguridad para la mundialización económica, pero también “un verdadero salto a lo desconocido, una avanzada en un territorio inexplorado que reserva sin duda muchas buenas sorpresas, pero igualmente numerosos obstáculos y peligros.”(Ramonet.2008)

Una hegemonía en crisis

El nuevo siglo llegó y, por supuesto, vino cargado de sorpresas, obstáculos y peligros. Desde el inicio, los analistas económicos vislumbraron un asombroso ritmo de crecimiento en algunas economías del, hasta entonces, “tercer mundo”, a las que se llamó “emergentes”, y un mantenimiento del eclipse económico de las más desarrolladas, en particular la de la potencia hegemónica, a las que no se las llamó de ninguna manera, pero sí generó una fuerte preocupación entre sus dirigentes.

A los pocos meses del 2001, el anuncio del incremento de la guerra contra el “terrorismo islámico” dio como resultado una acción bélica descomunal en el propio centro del poder económico, Nueva York. Las derrotas se sucedieron, terminando con una retirada vergonzosa de las potencias centrales de Irak (2011) y Afganistán (2021). El intento por desestabilizar numerosos gobiernos latinoamericanos díscolos o enfrentados a la política estadounidense no logró éxitos significativos, aún en esta región considerada su “patio trasero”. El apoyo a planteos políticos muy diversos para generar supuestas democracias más dóciles en el mundo islámico –primavera árabe de 2011- tuvieron resultados muy relativos y, su anteúltima apuesta, la guerra civil en Siria quedó neutralizada ante la intervención rusa de apoyo al gobierno y colaboración para derrotar al ISIS. Por último, los intentos para sitiar a la Federación Rusa mediante revoluciones “de colores” en Estados de su periferia, terminaron con la reacción decidida por el Kremlin en Ucrania, dejando el área en un relativo equilibrio bélico difícil de definir.

Sin embargo, es en el aspecto económico en el que Estados Unidos y sus aliados desarrollados han dado muestras más evidentes del aspecto crítico de su déficit de hegemonía. No sólo por sus propias falencias organizativas sino también por el margen que han permitido ocupar a las nuevas potencias emergentes e, incluso, a aquellas economías que, sin descollar ni estar a la vanguardia, han logrado aproximarse, no sin esfuerzos y contramarchas al nivel de una probable semiperiferia.

Entre las primeras se destaca China sin lugar a duda. Tanto por su crecimiento exponencial en rubros estratégicos, como el tecnológico y el bélico y por su participación en el mercado de bienes y su distribución mundial, como por su intervención decidida en el financiero, preanunciando los esbozos de una nueva estructura global. Por su parte, sus socios del BRICS también dan muestra de avances de gran nivel. Sin embargo, lo más destacable de estas nuevas potencias es su capacidad para asociarse y plantear una nueva agenda mundial, centrada en el poder blando y la cooperación, en especial el que vincule a los países más pobres con los emergentes, para atenuar los efectos de un capitalismo cada vez más concentrado e inhumano.

Tal vez por esa razón y siendo la fuerza bélica la que sigue caracterizando a las potencias centrales, es que apelen a provocaciones tales como las de la OTAN en Ucrania, la cual obligó a Rusia a abandonar esa actitud de “soft power”, o la presencia estadounidense en Taiwán que aún no ha surtido el efecto esperado.

¿Hegemonía o dominación?

Tal es la pregunta que se formulaba el desaparecido Giovanni Arrighi (1999) al avanzar en su estudio de los períodos de *longue durée* de Braudel y Wallerstein, aplicados como Ciclos Sistémicos de Acumulación a la realidad histórica de principios del siglo XXI.

Identificada una primera crisis señal en los inicios de la década de 1970, Arrighi (2007) nos alerta acerca de un nuevo ciclo de acumulación financiera que podría haber adelantado el fin de la hegemonía estadounidense. Sin embargo, la *belle époque* identificada en esos años '90 que definíamos al comienzo de este artículo prolongó la agonía del ciclo para acelerarse en este siglo y avanzar en la transición. Agotada la capacidad financiera e ideológica de Estados Unidos para mantener su carácter hegemónico, en especial después del fracaso de su último intento para contrarrestar la influencia china durante la era Trump, sólo le queda mantener su poderío mediante acciones de fuerza que mantengan la capacidad de dominación que aún posee.

En este sentido lo favorece la incapacidad o falta de voluntad de las potencias emergentes para imponer definitivamente un nuevo orden multipolar. Por eso nos da la impresión, tal vez no errónea, que la transición se mantiene. Porque China o Rusia o la misma India, no termina de definir su nivel y proporción de hegemonía. ¿Se trataría de una incapacidad cuantitativa, es decir, por la ausencia de indicadores de poder —económicos, políticos, militares, ideológicos— para enfrentarse definitivamente a la potencia decadente? ¿O la evaluación de costo-beneficio de producir una ruptura mundial no entra en sus parámetros de desarrollo? El enfrentamiento actual Rusia en Ucrania puede ser un indicador efectivo para observar los resultados de esa ecuación.

Pero, por otra parte, no estamos contando con otro aspecto del problema. El que se refiere a que, por primera vez una cierta cantidad de las potencias y economías emergentes no responden en sus formas, modos o códigos de manera exacta a los parámetros filosófico-culturales tradicionales, es decir los surgidos de la autodenominada “cultura occidental”, que se expandieron hace unos 500 años y dominaron la escena política mundial en los últimos tres siglos.

Entonces: ¿no se trata de una transición geopolítica?

Por supuesto que estamos hablando de relaciones de poder en la escala global, es decir, de geopolítica. Lo que queremos significar es que sería algo mucho más extenso y profundo que una mera transición entre órdenes hegemónicos. Estamos pensando en que algunos de los posibles protagonistas principales, tal vez el más importante de ellos, China, estén aportando a la geopolítica mundial, códigos, principios, valores y hasta formas de comportamiento, de negociación y hasta de acción pacífica o violenta, diferentes a los habituales.

Estos cambios ya han empezado a distinguirse, aunque todavía nos resulte muy difícil diferenciarlos de meras formas discursivas. Denominar con términos confucianos o de otras tradiciones filosóficas “orientales” a las expresiones más o menos habituales de la geopolítica “occidental” –los entrecomillados se refieren a la relatividad de los términos- pueden ser sólo estrategias discursivas o encerrar valoraciones diferentes de una profundidad difícil de evaluar a primera vista. Denominar *tianxia* –todo lo que está bajo el cielo- a la “globalización”, como lo ha manifestado el gobierno chino, podría tener distintas interpretaciones. Una cosa es que a “Cielo” –con mayúscula- lo entendamos como la antigua denominación del Emperador, y otra es que entendamos el alcance profundo y trascendental del concepto de comunidad de seres que vivimos en este planeta, bajo un mismo “cielo”, más allá de las formas institucionales que se den en un momento y lugar determinado (Dupuy y Margueliche, 2018). Se aclara que no pretendemos tomar partido por una de las dos acepciones sino que se alerta acerca de las nuevas formas y esencias que irá tomando esta nueva geopolítica.

Y esta es sólo una pequeña muestra de la complejidad que trasunta esta nueva transición. Como decíamos, son muchos y muy variados los nuevos actores de este posible nuevo orden. Sería la contracara de la tesis de Huntington. En lugar de un enfrentamiento entre “civilizaciones”, podríamos pensar en una extraordinaria universalización de los acuerdos entre formas “culturales”, cada una diferente.

Además de las pautas impulsadas desde el gigante asiático, hay que entender que muchas de las visiones de la realidad generadas en el Asia meridional –tanto en la India como en el mundo malayo- ya vienen trabajando en “occidente” desde hace un tiempo, aunque a través de una visualización de extremo exotismo. América Latina y el Caribe intentan instalar en las nuevas formas geopolíticas su extraña simbiosis de conceptualizaciones principalmente ibéricas, aunque bastante matizadas por la inmigración múltiple, y de cosmovisiones originarias. El mundo árabe-islámico tiene muchas construcciones simbólicas para aportarle a la política mundial, desdibujadas y ocultas por las expresiones políticas desesperadas utilizadas para hacerse valer en esta violenta realidad política instalada por las últimas agendas hegemónicas. África espera pacientemente su oportunidad para lanzarse a la palestra global con su maravillosa carga de aportes ancestrales, enriquecidos por las miradas de los Lumumba, Fanon, Nkrumah, Nyerere, Mandela, entre otros. Y todavía habrá que esperar el despertar de otras formas aún ocultas bajo el peso de la opresión colonial y neocolonial para conformar la nueva agenda.

Sin embargo, esta transición no responde sólo a la crisis de hegemonía de Estados Unidos y/o del surgimiento circunstancial de las economías del viejo tercer mundo. Es el propio “occidente” que se encuentra paralizado por sus propias derrotas culturales. La ya milenaria construcción cultural de base europea, enriquecida por sus apéndices coloniales instalados en otros continentes, impulsora de valores como “libertad”, “progreso”, “democracia”, “justicia social”, e “igualdad”. Se ha venido desmoronando bajo el peso de sus propias acciones negativas, de una crueldad inusitada, destructora y, por negacionista, autodestructora. Esto ya ha sido analizado por muchos autores. Lo que hace falta recalcar aquí es que la originalidad, iniciativa y profundidad de sus fórmulas parece agotada y sus mejores logros actuales se reducen a esfuerzos desesperados por recuperar aquellos valores propios o aprendidos, reunidos en un conjunto de derechos del ser humano y de la sociedad, arrasados por sus propios dirigentes políticos en nombre de un poder superior y omnímodo, el mercado, también de construcción propia.

El gran legado europeo, su capacidad de generar ideas y construir materialidades a la luz de una racionalidad crítica parece haber caído en una inercia de mera resistencia frente a los esfuerzos de un sistema capitalista decadente y de una estructura política herida de crisis. Sus grandes ideologías, el liberalismo político, el socialismo transformador o la religiosidad comprometida con sus máximos valores apenas logran elaborar algunas propuestas sin alcanzar acuerdos fundamentales que les permitirían salvar el escollo de sus propias contradicciones. Los luchadores por alcanzar o recuperar los derechos fundamentales que fueron su sentido de ser, se debaten fragmentados por contradicciones tales como desarrollo o ambientalismo, género o lucha de clases...

En la medida que este “occidente” no pueda abandonar la tesis de Fukuyama, salir de la fragmentación de sus luchas por recuperar esos derechos y no entienda la importancia de esta nueva transición hacia la diversidad político-cultural a partir de una nueva teoría/praxis imaginativa y crítica, su intervención en la construcción de este nuevo orden seguirá siendo tan destructiva como la ha sido en las últimas oportunidades.

Referencias bibliográficas

- Arrighi, G. (1999) *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*. Madrid: Akal Editores.
- Arrighi, G. (2007) *Adam Smith en Pekín*. Madrid: Akal.
- Brieger, P. (2001) "Guerra y globalización. Los atentados a las Torres Gemelas", en: *Realidad Económica* n° 184.
- Dupuy, H. y Margueliche, J.C. (2018) "El sistema de *Tianxia* como modelo de (nueva) globalización para revertir la idea del no mundo. El caso de la nueva ruta de la seda china", en: *X Jornadas de Sociología de la UNLP*. Ensenada: FaHCE.
- Modelski, G. (1987) *Long Cycles in World Politics*. Londres: Macmillan.
- Ramonet, I. (2008) *La crisis del siglo. El fin de una era del capitalismo financiero*. Barcelona: Icaria.
- Taylor, P. J. y Flint, C. (2002) *Geografía política. Economía mundo, Estado-Nación y localidad*. Madrid: Trama